

Cuando se menciona a la biodiversidad en el contexto del cambio climático, suele ser en referencia al efecto devastador que nuestro clima cambiante tendrá en las especies que componen la vida en nuestro planeta, tal como la conocemos. Desde la Evaluación de Ecosistemas del Milenio hasta el Grupo Ad-hoc de Expertos Técnicos en cambio climático y biodiversidad del Convenio sobre la Diversidad Biológica, no pasa más de una semana sin que una nueva investigación muestre cómo un medio ambiente más caluroso dañará la biodiversidad.

No obstante, cada vez es más evidente que esta no es toda la historia. Que al ir aceptando los cambios que debemos hacer para adaptarnos a un clima cambiante, las consecuencias para la biodiversidad son mucho menos claras de lo que habíamos pensado originalmente.

Para empezar, las cosas que hacemos para adaptarnos a los impactos adversos del cambio climático podrían tener resultados positivos y negativos para la biodiversidad y los servicios de los ecosistemas. El balance variará de especie a especie y de ecosistema a ecosistema, pero en gran medida dependerá del enfoque preciso que se adopte y del modo en que se apliquen las estrategias. Sin embargo, en la mayoría de los casos, debería ser posible disminuir los impactos negativos y hasta aumentar los impactos positivos, reduciendo al mínimo las compensaciones y las amenazas a la biodiversidad. Por ejemplo, las actividades de adaptación pueden restaurar ecosistemas fragmentados o dañados y ayudar a restablecer procesos vitales como el caudal de agua o la polinización para mantener las funciones del ecosistema. Lejos de ser un caso insalvable entonces, si miramos a la adaptación desde esta perspectiva, podremos verla como una oportunidad para hacer cuanto se pueda por enriquecer la biodiversidad.

Sin embargo, la biodiversidad no es un simple espectador en nuestro clima cambiante; también tiene un rol vital que cumplir en apoyar nuestra adaptación. Por ejemplo, los ecosistemas costeros pueden ayudar a reducir el riesgo de inundaciones causadas por mareas de tormenta y un paisaje agrícola diverso puede apoyar la productividad en condiciones de clima cambiante. En lugar de pensar en construir diques, o desarrollar nuevos cultivos que crezcan en condiciones diversas, usar estos ecosistemas naturales como parte de una estrategia de adaptación resultaría más económico, y ofrecería genuinos beneficios derivados para el medio ambiente, además de beneficios

sociales, económicos y culturales para las comunidades locales. También podrían resultar más asequibles para las comunidades rurales o pobres que los enfoques basados en obras de infraestructura e ingeniería.

No obstante, será importante recordar que los propios ecosistemas de los que nos valdremos para ayudarnos a afrontar el cambio climático en estas situaciones, ya están expuestos a grandes presiones a raíz del cambio climático. Si vamos a apoyarnos más en ellos, deberemos pensar en cómo aumentar su capacidad de adaptación para no empujarlos hacia límites ambientales inaceptables o hasta peligrosos. Para hacerlo, debemos procurar reducir cualquier presión ambiental que no esté relacionada con el cambio climático, como la pérdida de hábitat y la fragmentación, la presencia de especies invasoras o la ausencia de insectos polinizadores. También deberíamos adoptar prácticas de conservación y uso sostenible para aumentar aún más la capacidad de recuperación de los ecosistemas.

Este enfoque de la adaptación no estará libre de riesgos o consecuencias; también debemos considerar los riesgos, las repercusiones de largo plazo y los efectos totales del enfoque de modo tan completo como lo haríamos